



Hoy, ante el panorama desolador que instala la guerra y la destrucción del ser humano contra sus pares, buscamos consuelo y comprensión en las palabras de la inspiración de nuestro actuar cotidiano. Les compartimos estas profundas palabras de María Montessori que pronunció un 22 de mayo de 1937 en Copenhague, Dinamarca, y publicado en el libro Educación y Paz.

Les pedimos compartir estas palabras con sus estudiantes en las líneas que realizarán en estas semanas y en instancias que consideren pertinentes.

EDUCAR PARA LA PAZ, por María Montessori

Hoy, en este período social particular, la educación está adquiriendo una importancia verdaderamente ilimitada.

Y el mayor énfasis de su valor práctico se puede resumir en una frase: la educación es la mejor arma para la paz.

Si consideramos el poder aterrador y la perfección técnica de los armamentos en los que la gente confía para que la proteja durante la guerra, inevitablemente llegamos a la conclusión de que la educación no se convertirá en un armamento capaz de garantizar la seguridad y el progreso de los pueblos del mundo hasta que no haya alcanzado el mismo nivel de excelencia y desarrollo científico que ostentan los armamentos tradicionales.

No estoy hablando de la posibilidad de necesitar armamentos mecánicos, y no quiero tratar el tema político; simplemente estoy diciendo que la verdadera defensa de la humanidad no se puede basar en las armas.

Las guerras se sucederán una tras otra, y jamás se podrá asegurar ni la gracia ni la prosperidad de ningún pueblo, hasta que no nos decidamos a confiar en el gran "armamento para la paz" que representa la educación.

Dado que la educación es la verdadera salvación de la humanidad y de la civilización, no puede estar restringida por los límites que tiene en la actualidad, ni continuar como se ha implementado hasta ahora. La educación ha quedado muy rezagada con respecto a las necesidades contemporáneas. Para utilizar una analogía relacionada con el tema que estamos tratando, se podría decir que la educación se ha quedado en el nivel del arco y la flecha comparada con los armamentos actuales. ¿Cómo luchar con arcos y flechas contra poderosos cañones y bombarderos aéreos? Por esa razón es necesario construir y perfeccionar el armamento de la educación.

Es evidente que la educación, como piedra angular de la paz, no puede consistir solamente en tratar de evitar que los niños se fascinen con la guerra. No es suficiente impedir que el niño juegue con armas de juguete, como tampoco lo es dejar de inculcarle que la historia de la humanidad es una sucesión de hazañas logradas con las armas, y que la victoria en el campo de batalla es un honor supremo. Ni siquiera basta fomentar en él amor y respeto por todos los seres vivos y por todas las cosas que los seres humanos han construido a través de los siglos.

Ese papel del aula podría interpretarse como una campana contra la guerra, un papel que podríamos describir como negativo -el mero intento de desterrar la amenaza de un conflicto inminente- en lugar de un esfuerzo positivo por generar la paz en el mundo.

Es demasiado obvio que las guerras no se pueden evitar con una educación de ese tipo. Si fuera así ¿por qué no se han podido evitar las guerras merced a la influencia educativa de la sociedad civilizada, que proclama que la libertad y la vida del hombre son sagradas, o de las religiones, que durante milenios han tratado de enseñarle al hombre a amar a su prójimo?

Los hombres no marchan a la guerra porque son sanguinarios o porque están impacientes por usar sus armas. Preferirían no tener que participar en las guerras, pero involuntariamente se ven envueltos en ellas. A todos los aterroriza el azote de la guerra y les gustaría desertar; y se debe aplicar una tremenda presión moral y material para que abandonen la seguridad de sus hogares y la vida familiar con sus seres queridos.

Los hombres no libran guerras porque en su infancia jugaron con armas de juguete. Además, enseñar historia en base a la memorización de fechas y sucesos no es seguramente el método ideal para incentivar en los niños el deseo de ser héroes.

La guerra es, sin lugar a dudas, un fenómeno complejo que debemos investigar y entender, especialmente en nuestra época. Hoy la humanidad se ve abrumada por acontecimientos que afectan al mundo entero y que aún no han sido abordados por la educación. El género humano se encuentra como un niño solo, perdido en un bosque, a merced de cualquier sombra que se cruce en su camino y de cualquier ruido misterioso que se pueda oír en la oscuridad.

El hombre no entiende los sucesos que lo abruman y no puede protegerse de ellos en absoluto. La sociedad ha evolucionado sólo exteriormente, construyendo inmensos mecanismos y creando complicados medios de comunicación, pero mientras tanto la humanidad ha permanecido sumida en la ignorancia y la desorganización. Sí, los pueblos del mundo están desorganizados y cada individuo piensa solamente en su bienestar inmediato.

La educación, según el enfoque generalizado, fomenta en el individuo la idea de que debe seguir su propio camino y luchar por sus intereses personales. A los escolares se les enseña a no brindarse ayuda entre ellos, a no soplarle la respuesta a los compañeros que no la saben, sino a preocuparse sólo por sí mismos, por aprobar los exámenes de fin de año y por ganar premios compitiendo con otros alumnos. Y estas pobres criaturas egoístas, que según lo demostrara la psicología experimental, sufren de agotamiento mental, cuando llegan a la adultez se encuentran como si fueran granos de arena desparramados individualmente en el desierto; cada uno está aislado de su vecino, y todos son infecundos. Si llega una tormenta, las ráfagas atrapan a esas pequeñas partículas humanas desprovistas de espiritualidad vivificadora y forman con ellas un torbellino mortal.

Lograr una educación capaz de salvar a la humanidad no es en absoluto una tarea sencilla: implica desarrollar la espiritualidad del hombre, realzar su valor, como individuo y preparar a los jóvenes para que comprendan la época que les toca vivir.

El secreto es el siguiente: hacer posible que el hombre se convierta en amo del entorno mecánico que hoy lo oprime. El hombre productor se debe transformar en amo de la producción. En la actualidad la ciencia ha intensificado la producción, la cual ha alcanzado niveles de organización muy elevados en todo el mundo. Por consiguiente, ha surgido la necesidad de realzar las energías humanas en forma científica y de organizar la humanidad proporcionalmente. Los hombres ya no pueden seguir ignorando su propia naturaleza y el mundo donde viven. El verdadero flagelo que hoy los amenaza es precisamente ese tipo de ignorancia. Debemos organizar nuestros esfuerzos para la paz y allanar el camino hacia ella de manera científica, por medio de la educación. La educación indica el camino hacia un nuevo mundo por conquistar: el mundo del espíritu humano.

En nuestras experiencias con niños observamos que el infante es un embrión espiritual dotado de misteriosas sensibilidades que lo guían, de energías creadoras que tienden a construir una especie de instrumento maravilloso en el alma de los hombres. Como una radio que recibe las ondas cortas y largas que se transmiten por el espacio, el tipo de instrumento que un niño construye gradualmente en su propia alma está destinado a recibir las ondas sagradas que transmiten el amor divino a través de las esferas infinitas de la eternidad. Es esa sensibilidad la que le da al hombre su valor excepcional: el hombre es grandioso porque puede recibir las emanaciones del Altísimo.

El niño también es capaz de desarrollar y de darnos evidencias tangibles de la posibilidad de una humanidad mejor. Nos ha demostrado el verdadero proceso de construcción del ser humano normal. Hemos observado que los niños cambian por completo cuando aprenden a amar las cosas, desarrollándose en ellos su sentido del orden, disciplina y autocontrol como una manifestación de su libertad absoluta. Los hemos visto trabajar con constancia, recurriendo a sus propias energías y desarrollándolas en el transcurso de sus ocupaciones.

El niño es a la vez una esperanza y una promesa para la humanidad. Por lo tanto, si cuidamos ese embrión como si fuera nuestro tesoro más valioso, estaremos trabajando por la grandeza de la humanidad. Los hombres que eduquemos de esa forma podrán usar sus poderes divinos para superar a los hombres de hoy, que han confiado su destino a las máquinas. Lo que se requiere es fe en la grandeza y superioridad del hombre. Si ha logrado dominar las energías cósmicas que circulan por la atmósfera, podrá entender que el fuego del genio, el valor de la inteligencia, la luz de la conciencia, también son energías que se deben organizar, regular, atesorar y utilizar para bien de la vida social humana.

Hoy esas energías están dispersas; o más bien, reprimidas y mal encaminadas a causa de los errores perpetuados por un tipo de educación que todavía ejerce dominio sobre todo el mundo. El adulto no entiende al niño. Los padres inconscientemente luchan con sus hijos en lugar de ayudarlos a cumplir su misión divina. Los padres y los hijos no se entienden. Se abre un abismo entre ellos desde el día en que nace el niño. Esta falta de entendimiento es la ruina del hombre: lo lleva a la perdición, enferma su espíritu, lo empobrece y hace que no advierta sus potencialidades. La falta de entendimiento entre los niños y los adultos precipita la tragedia del corazón humano, que más tarde se manifiesta en una falta de sensibilidad, en la pereza y en la criminalidad. Aquellos que han sido humillados se avergüenzan de sí mismos; los tímidos se retraen en sus caparazones; los temerosos buscan obtener su bienestar personal. Toda la riqueza potencial de la personalidad del hombre desaparece.

La educación debe aprovechar el valor de los instintos ocultos que guían al hombre a medida que erige su propia vida. Entre esos instintos hay uno muy poderoso: el gregario. Hemos tenido ocasión de comprobar que si el niño y el adolescente no tienen la oportunidad de formar parte de una verdadera vida social, no desarrollan un sentido de la disciplina y de la moral. Esos dones se transforman en productos finales de la coacción en lugar de ser manifestaciones de la libertad. La personalidad humana se moldea mediante las experiencias continuas; nos corresponde a nosotros crear para los niños, para los adolescentes, para los jóvenes, un entorno, un mundo que permita que esas experiencias formativas estén a su alcance. La personalidad del joven debe entrar en contacto con el mundo de la producción luego de un aprendizaje basado en la experiencia; primero y principal, al hombre se le debe orientar para tomar conciencia de sus responsabilidades con respecto a la organización social humana. De esa forma, desde la más tierna infancia, los seres humanos deben experimentar en forma práctica qué es la asociación, y sólo entonces comprenderán gradualmente los secretos de la evolución técnica de esta sociedad.

Actualmente tenemos una organización de máquinas. Lo que se necesita son hombres capaces de utilizar máquinas para llevar a cabo una misión elevada de la que cada uno de ellos será consciente y de la que se sentirá responsable.

Es absolutamente cierto que el secreto del futuro poder del hombre está oculto en la humanidad a medida que ésta se desarrolla: en los jóvenes.

Esas naciones que quieren la guerra han logrado reconocer y dar libertad de acción a los poderes ocultos de los niños y los jóvenes para promover sus propios intereses, para organizarlos socialmente, para convertirlos en una fuerza activa de la sociedad. Es terrible que esta verdad hasta ahora haya sido reconocida sólo por esas potencias que buscan la guerra. Pero el hecho de que una organización de la humanidad verdaderamente poderosa no se puede improvisar de la noche a la mañana es una realidad de gran valor práctico. El trabajo preliminar para una organización con esas características debe centrarse en la infancia, en las raíces mismas de la vida. En pocas palabras, la sociedad se puede organizar sólo si la educación le ofrece al hombre una escalera de experiencias sociales a medida que pasa de un periodo a otro de su vida.

Los que quieren la guerra preparan a los jóvenes para luchar; pero los que quieren la paz han descuidado a los niños y a los adolescentes, pues no han logrado organizarlos para la paz.

La paz es un principio práctico de la civilización humana y de la organización social que se basa en la naturaleza misma del hombre. La paz no lo esclaviza, sino que lo exalta. No lo humilla, sino que le hace tomar conciencia de su propio poder sobre el universo.

Y como se basa en la naturaleza del hombre, es un principio constante, universal, que se aplica a todos los seres humanos.

Este principio debe ser nuestra guía para construir una ciencia de la paz y educar a los hombres para la paz.

MARÍA MONTESSORI